

**DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO (C)**  
**Homilía del P. Cebrià Pifarré, monje de Montserrat**  
**16 de septiembre de 2007**  
**1Tim 1, 12-17; Lc 15: 1-32**

Como respuesta a uno de los comensales que declara felices a los que podrán sentarse a la mesa en el Reino de Dios (Lc 14:15), Jesús da a entender a quién le ocurre eso y en qué condiciones: a los pobres y a todos los que se hacen discípulos, pues, si gracias a Jesús nos llega el Reino, es también por medio de él que podemos tener el acceso. En qué consiste este Reino de Dios, quién es el artífice, san Lucas lo explica en las tres parábolas de la misericordia divina que acabamos de escuchar. Lucas precisa que estas tres parábolas -la oveja descarriada, la dracma reencontrada, el hijo que retorna a casa del padre- Jesús las dirigió a unos fariseos y maestros de la Ley que, en su autosuficiencia, murmuraban entre ellos y decían: < Este acoge a los pecadores y come con ellos >. Al escuchar estas parábolas, en las cuales Jesús nos habla del misterio del perdón y de la resurrección a partir de la alegría que Dios experimenta al acoger y perdonar, no puedo dejar de recordar una escena veraniega. ¿Quién no ha visto nunca una madre yendo de un lado al otro de la playa en busca de su pequeño, que por unos instantes ha perdido de vista? Y ¿quién de nosotros no se ha encontrado un día, todo enfrascado, buscando a la desesperada la tarjeta de la Seguridad Social, el carné de conducir, o las llaves del coche? ¡Cuan grande es la alegría y la sensación de alivio cuando se reencuentra el dinero que tanto necesitaba, o aparecen las llaves de casa encima de la repisa de la chimenea, o cuando el altavoz anuncia que el niño se encuentra sano y salvo en la zona de los socorristas! Y, no obstante, el susto ha sido como una pesadilla. Pues, bien, nos dice Jesús, ¡cuál no será la solicitud y la comezón con la que Dios nos busca a cada uno de nosotros, sus hijos amados, tan pronto como nuestras vidas y nuestro corazón han quedado invadidos por la oscuridad misteriosa del mal y del pecado. Como un pastor que hace el recuento de las ovejas...88, 89...¡Ea! ¡Falta una! Corriendo, sin espera, el pastor sale a buscarla, y así que la reencuentra, ¡qué alegría! Es cierto, el mal la ha destrozado, y hay que cargársela encima de los hombros. Pero no importa: está salvada. <Reúne a los amigos y a los vecinos para decirles: ¡Felicidadme!>. Es el estilo de obrar de Dios, hecho de entrañable benignidad y de misericordia infinita, hasta el riesgo supremo de entregar a su Hijo en bien del mundo perdido. Y es también el estilo de obrar de Jesús, el cual no se priva de acoger a pecadores y publícanos, ni se avergüenza de sentarse a la mesa con ellos.

El corazón humano, ¿no es quizás un abismo misterioso, capaz de lo mejor y de lo peor, un abismo del cual pueden emerger semillas de vida y cantos de belleza, pero también propósitos de destrucción y de muerte? Buen pastor y amigo de los hombres, Jesús sabe que el misterio del mal y del pecado es una herida del alma, que puede hundir en una tristeza de muerte. Y, ya que el amor de Dios, su Padre amado, le quema en las entrañas, una vez y otra sale al encuentro del que se ha perdido, trilla caminos inexplorados de amor y de perdón, a fin de que el descaminado pueda encontrar el camino de vuelta a la casa del Padre. Sirviente humilde y pobre, los brazos abiertos entre el cielo y la tierra, Jesús no se cansa de perdonar y de amar, devolviendo a cada persona la conciencia de la dignidad perdida, esperando que la sobreabundancia del amor acabará por trocear los corazones endurecidos. La pregunta esencial, divina, dirigida a cada uno de nosotros, después de que la dramática del mal y del egoísmo ha destruido la armonía de la creación: <Adán, ¿dónde estás? Hombre, mujer: ¿cuál es tu situación?>, Jesús, descendiendo hasta el más profundo abandono del hombre exiliado y perdido, sin casa ni patria, sin rostro ni nombre, sin identidad, hasta el silencio del infierno, esta pregunta Jesús la ha transformado en invitación en la fiesta: < hacía falta alegrarse y hacer fiesta, porque

este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido, y lo hemos encontrado>. La condición humana, siempre tan frágil, Jesús la ha recapitulado en su vida, muerte y resurrección. Con su comportamiento de humildad y sencillez, ocupando el último lugar entre los pobres en esta tierra de los vivientes, él ha hecho posible este reencuentro de gracia, tal como explica Pablo: <mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros > (Rm 5:8). Este estallido del amor misericordioso de Dios, paradójico, el mismo Pablo lo experimentó de cerca, en vivo. Lo hemos oído en la 2ª lectura: < Cristo Jesús... se fió de mí... Eso que yo antes era un blasfemo, un perseguidor y un violento. Pero Dios tuvo compasión de mí, porque yo no era un creyente y no sabía lo que hacía.> (1Tm 1:12s). Que Jesús ha curado a nuestras heridas, cambiando el luto en días de fiesta, lo expresa bellamente un pasaje de la 1ª Carta de Pedro: <Cargado con nuestros pecados subió al leño, para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Sus heridas nos han curado. Andabais descarriados como ovejas, pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras vidas.> (1Pe 2:24).

Retengamos en el corazón la enseñanza del evangelio de hoy: a los ojos de Dios, aquello que se ha perdido es aquello que tiene más valor. ¿No es quizás del perdón y de la misericordia de Cristo, de donde ha surgido el pueblo mesiánico, la Iglesia cristiana, formada por los pobres pecadores que somos nosotros, gente que íbamos sin rumbo, < como ovejas sin pastor>? Alegrarse por la conversión que brota del perdón, ser acogedores hacia cada persona, también hacia el extraño, el desconocido, superar la mezquindad del hijo mayor de la parábola, es un aprendizaje que no es nada fácil, sobre todo en el marco de vacío espiritual de las sociedades opulentas, obnubiladas por los ídolos del dinero y del poder. A menudo hay que ir contra corriente. El Cristo Jesús, Buen Pastor, al acogernos ahora en la mesa del Reino, nos fortalecerá con el fin de ser artesanos incansables de un mundo forjado, un día y otro, por la fuerza de la misericordia y del perdón que nos viene de su Cruz gloriosa.